

su conversion. Esta empresa sería tal vez temeraria, inconsiderada, imprudente para un alma comun; pero un corazon grande sabe, sin tantas contemplaciones, y medidas, caminar luego al fin, y comienza, digamoslo asi, por donde el vulgo acaba. Examinar, dudar, discurrir, disputar, sería, si os parece, pensar en tomar partido, sería meditar una mudanza; pero no sería estar ya determinada, no sería estar ya mudada, y Magdalena dexa ya de ser pecadora; todo está ya hecho en la disposicion de su corazon: *Ut cognovit*. Es necesaria otra prueba, que la ocasion que elige para declararse?

Sabe que Simon el Phariséo dá un grande convite; y que el Salvador es uno de los convidados. Ved el teatro, que le parece bien para hacer público el primer acto de su penitencia. Qué resolución, amados hermanos míos! Sola la idéa os asombra. Ah! replica San Gregorio, quando hay generosidad de animo

mo para començar por un paso de esta naturaleza, qué adelantamientos tan grandes no se harán despues? Qué valor no se necesita, para sobreponerse á todos los respetos humanos, para triunfar de todas las repugnancias, que hace percibir tan vivamente la naturaleza en semejantes circunstancias? *Consideravit quod fecerat, & noluit moderari quod faceret*. Sí; hablen los hombres lo que quisieren, discurran como gustaren, segun sus preocupaciones, y caprichos; no oyan sino á su malignidad para interpretar mi conducta; todo está ya consultado de mi parte, ya estoy determinada; tomada está la resolución, y luego, se pondrá por obra. No debo yo ya tener verguenza, sino de haver pecado. Supuesto que hasta de aqui no pudo contenerme el temor de Dios, no es justo que me detenga ahora el de los hombres: *Consideravit, quod fecerat, & noluit moderari quod faceret*. Qué scena, en medio de un festín, en donde mi presen-

sencia, y mis lagrimas no podrán mirarse, sino como importunas, y fuera de tiempo! A vista de lo que voy à executar, el Pharisèo traherá sin duda á su memoria todos mis pasados desordenes. Yo voy por mi propria confesion, y por una confesion pública de mi mala vida à justificar las sospechas, que se han tenido de mí, y à hacer decir à todos, que era sin duda verdad, que vivia desordenadamente. Al punto voy à ser el asunto de todas las conversaciones. Unos tratarán mi proceder de locura, otros lo atribuirán á despecho, ò desesperacion secreta. Estos me acusarán de fácil, é inconstante, y adivinando lo futuro, se prometerán bolverme á ver prontamente mas entregada que jamás à mis antiguos empeños. Aquellos hallarán vanidad, y ostentacion en mi modo de obrar, y se persuadirán que despues de haver hecho ruido con mis galanterías, intento hacerlo ahora con mi devocion. Vanas dificultades, que

que abulta, y multiplica el amor proprio para detenerme, que no seais mil veces mas fuertes, y mil veces mas! De esta suerte podria yo hacer de todas un sacrificio mas generoso. Yo debo una autentica satisfaccion de mis escandalos, y yo la he de dar: *Consideravit quod fecerat, & noluit moderari quod faceret.*

Vedla, pues, ocupado todo su ànimo con su proyecto, y entre los saludables dolores de una alma, que està para dar á luz su conversion. Entra en casa de Simón con aromas en la mano; penetra, sin que nadie avise, hasta la sala del convite, puestos modestamente los ojos en tierra, y sin avergonzarse sino de sí misma. Sin hablar palabra à nadie, busca el Libertador, por quien suspira, arrojase á sus pies, presentale un corazon partido de compuncion: plato infinitamente mas delicioso, que todas las viandas del Pharisèo. Admirados los convidados de un suceso tan extraor-

traordinario , consideran con atencion lo que pasa , y esperan callados el termino de esta novedad. Eran Judios los que se admiraban. Ay de mi ! Christianos oyentes , no nos hallariamos nosotros igualmente poseídos de asombro , si nos hallasemos el dia de hoy presentes al mismo espectáculo ? En el centro del christianismo en donde vivimos , un pasage de esta naturaleza no pudiera parecer un milagro , tan extraordinario , y tan pocas veces oído , como la resurreccion de un muerto ? Què cosa , sin embargo , debiera ser mas comun entre nosotros , que una penitencia igualmente generosa ; quiero decir , que una penitencia tan pronta , tan pública , tan sincera , á proporcion , como la de la Magdalena ? Se quiere la conversion ; porque quièn se atreverà á decir , ni en el secreto de su corazon , que absolutamente no la quiere ? Se quiere , digo , la conversion ; pero no se hace mas que quererla ; y jamàs se llega à con-

ver-

vertirse en efecto. Se forman hermosos proyectos ; se discurre un modo de vida arreglada ; se celebra , se aplaude con anticipacion una mudanza de vida en idéa. Sin embargo , jamàs llega el caso de esta mudanza ; despues de muchos años de vida , aun no se ha dado el primer paso. Creemonos siempre muy juvenes ; las pasiones son muy vivas , las tentaciones muy fuertes , las ocasiones muy delicadas , las ocupaciones muy embarazosas. Es necesario dexar para otro tiempo mas oportuno la obra de nuestra conversion. Tienese asi perpetuamente en cautividad dentro del corazon la gracia , continuanse las dilaciones , la indeliberacion , las incertidumbres , y la indolencia hasta lo ultimo ; hallamonos finalmente á la hora de la muerte del mismo modo que hemos vivido , sin tener ya ni tiempo , ni libertad , ni voluntad , ni los socorros necesarios para hacer penitencia.

El momento decisivo para Mag-

dalena era el tiempo de este festin. En dónde estaría el día de hoy, si huviera perdido este feliz momento, y no se huviera prontamente aprovechado de las luces del Cielo? Se quiere la conversion, y aun se dán algunos pasos para conseguirla; pero no se tiene valor para hacer mas, y se teme sobre todo parecer convertido. No se ha tenido verguenza de pecar, y se tiene de hacer penitencia. Se ha caminado con atrevimiento, y desverguenza por los espaciosos caminos del siglo, y se retira con secreto. Se teme hacer hablar de sí; se quisiera entregar á Dios; pero se quisiera hacer esto, sin que el mundo lo notase, y aun sin que pudiese sospechar, que se quiere romper con él. Como si Jesu-Christo pudiese agradecer servicios, de que se tiene verguenza; como si el Señor no mereciera, ò no pidiera, que se tomase tan declaradamente su partido, como se tomó antes el del mundo; como si despues de una vida

mundana, no huviese una obligacion indispensable de borrar con satisfacciones, que edifiquen, el escandalo, que es siempre inseparable de ella.

El manejarse asi, es, se dice, cordura, es discrecion, es prudencia. Iré yo á persuadir á los demás, que he vivido de un modo criminal? A qué viene dar un paso ruidoso, quando se puede evitar? Para qué manifestar una mudanza, que se tendrá por arrojado, y por devocion mal entendida, que me expondrá á la risa, y á la censura pública, que hará despreciable, y odiosa mi virtud, si me desdigo una vez, y no tengo fuerzas para llevar adelante el empeño? Ah! confesemoslo, christianos oyentes, es el amor proprio, es la vanidad, es la flaqueza, es una vergonzosa cobardía, quien nos hace discurrir, y obrar de esta suerte. Sí; se guarda un recurso por si llega el caso de disgustarnos, ò de variar. No se dán sino unos medios pasos, por el temor de que se

noten, y se nos censure de fáciles, si volvemos atrás. Por mas que tengamos intencion de perseverar en la práctica de algunas buenas obras, que nos hemos señalado, la naturaleza quiere siempre mantenerse en el derecho, ó libertad de volver atrás, se reserva una puerta abierta; y no teniendo otra esperanza, se alimenta por lo menos con el poder, y la facilidad, que tiene de usar de su derecho; apoyo, y consuelo, que le faltaría, si hubiera hecho una mudanza ruidosa. Sola la razon, y el respeto humano, quando no hubiera otros motivos, no nos permiten entonces volver atrás, y desdecirnos. Pero qué pensais? No ignora un corazon verdaderamente penitente tan indignas contemplaciones? Pasemos adelante.

Penitencia fervorosa. No esperéis aqui, señores, que yo os explique todo lo que pasó en el corazon de Magdalena postrada à los pies de Jesu Christo. Sería necesario haver experimenta-

do estos sentimientos para comprenderlos; y aunque se huviesen experimentado, nuestras torpes lenguas no tienen expresiones capaces de manifestarlos. Un momento de consideracion à la vista de una alma pecadora, que pone al fin los ojos sobre el estado en que ha vivido, y que se halla en la presencia de su Dios, de su Juez, de su Medico, de su Salvador, de su Padre; un momento, digo, de meditacion sobre un espectáculo tan tierno, sería mucho mas proprio para instruíros, y enterneceros, que todos los esfuerzos de la eloquencia humana. Experimentólo en sí misma esta admirable penitente, la qual entre la confusa muchedumbre de los diversos movimientos, de que estaba agitada, por tener una infinidad de cosas que decir, se vió imposibilitada para explicarse. Son mudos los dolores grandes, y no se exhalan por sonidos articulados. Ah! qué puede ponerse en boca de tal alma, delante de tal hombre,

bre, en tal postura, y en tales circunstancias? No se han hallado aún terminos para explicar esta especie de sentimientos; ni son por otra parte necesarios. No tiene que pronunciar la lengua. Solo el language del corazon es quien puede, y quien debe hacerse oír. Hállöse, pues, Magdalena precisada á no hablar à Jesu-Christo, sino con su silencio. Pero, ó silencio! Qué altamente hablais, y con qué eloquencia! Qué cosas no me descubris en el corazon de esta penitente! Qué confusion saludable! Qué horror al mundo! Qué ódio de sí misma! Qué humildad respetuosa! Qué amargo arrepentimiento! Qué quebranto, qué rompimiento de corazon! Qué admiracion de la penitencia, y de la bondad Divina! Qué retractacion de lo pasado! Qué protestas de una eterna fidelidad! Qué total sacrificio! Qué ímpetus de amor, y de reconocimiento! Ah! Qué hubiera podido decir, que me hubiera enseñado mas, que su

silencio? Ella calla, amados oyentes míos; yo me engaño, su corazon, sus ojos, su semblante, sus acciones todo habla en ella, y todo me anuncia el fervor de su penitencia. Considerad á esta criatura, pocos dias hace, tan vana, tan altanera, tan soberbia, acostumbrada de mucho tiempo à las importunidades, al incienso, al respeto, al rendimiento de tantos adoradores insensatos; consideradla, digo, humillada ahora, y confundida à los pies del Salvador. Oíd esos profundos gemidos, esos sollozos interrumpidos, que apenas pueden abrirse paso por la opresion de corazon, de que està poseída à los pies del Salvador. Ved esos ojos, homicidas en otro tiempo de tantas almas, que tantas veces recibieron, y dieron mutuamente un veneno mortal, vedlos hoy anegados en dos arroyos de lagrimas con que riega los pies del Salvador. Ved esos cabellos, que sirvieron de instrumentos á su vanidad, empleados en

enjuagar los pies de su Salvador. Ved esa boca manchada antes con tantas conversaciones, y libertades vergonzosas, fixa ahora, y pegada á los pies del Salvador. Ved ese licor oloroso tantas veces sacrificado à la sensualidad, santificado hoy, y derramado sobre los pies del Salvador. Todo quanto sirvió para sus iniquidades, dice San Gregorio, viene á ser entre sus manos materia de sacrificios, y hace que todo sirva à la Justicia: *Quot habuit oblectamenta, tot de se obtulit holocausta.* Su cuerpo hasta ahora regalado, sumergido en el placer, pingue, y craso con las delicias de una vida voluptuosa, será de hoy en adelante víctima de la mortificación. Este aparato de vanidad mundana, con que ha dado alimento à sus pasiones, y à las de los otros, vá à desaparecerse para siempre, dando lugar à la sencillez, y à la modestia. Estas infelices riquezas, origen de tantas prevaricaciones, hechas de hoy en adelante herencia

cia de los pobres, se consagrarán para alimento de su Divino Maestro, y de sus Discipulos: *Quod habuit oblectamenta, tot de se obtulit holocausta.*

Asi se hace justicia contra sí mismo, amados oyentes míos, quando se està en el fervor de la penitencia. Conocemos en este retrato la nuestra, pregunta un Santo Obispo? Es tan entera, y sobre todo està tan animada? *Nos vero, quid tale, quid simile.* Pero esta doctrina moral me apartaria mucho del asunto, y es necesario acabar esta primera parte.

Penitencia constante. Ninguna variacion, ninguna reincidencia, ninguna recaída en Magdalena; conoce demasiado el valor de la gracia, que ha recibido, para consentir jamás en perderla; dexa el pecado, y lo dexa para siempre. Esta contricion, con que la haveis visto penetrada en la casa del Phariséo, se avivarà mas cada dia, irá siempre en aumento, y no tendrá fin, sino con su vida. Treinta años de penitencia,

Tom. VI. K que